

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

Lección histórico-sociológica

EL 1.º DE MAYO

¡Fiesta del Trabajo y en el Génesis, que la masa de ignorantes y de hipócritas acata como revelación divina, se afirma que a una humanidad nacida en un paraíso de delicias se le impuso el trabajo como una maldición, como un castigo, como una venganza, por haber cometido el pecado de vivir, porque quiso saber, porque comió el fruto prohibido del árbol de la ciencia.

¡Fiesta del Trabajo y en una sociedad enriquecida por la inteligencia y por el esfuerzo de los trabajadores de todas las generaciones y de todos los países, que vivieron en la esclavitud y en la servidumbre y viven hoy sometidos al salario, hay un 40 por 100 de obreros sin jornal a quienes se deja morir de miseria en sus tugurios ó se les acorrala a tiros ó a sablazos en cuanto se atreven a levantar la voz en la plaza pública en defensa de sus derechos.

¡Fiesta del Trabajo y en nuestro Código Civil, para justificar la usurpación que concede al propietario el monopolio de los frutos naturales, de los frutos industriales y de los frutos civiles, se presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario.

No; los trabajadores conscientes, los que llevan la iniciativa del progreso, los que continúan la obra que se pretendió dejar paralizada en 1789, los que reivindican para todas y para todos la participación en el patrimonio universal, al ver pasar esas procesiones de obreros que llevan a la cabeza sus jefes y sus banderas rojas y pasan ante la benévola tolerancia de las autoridades, la simpatía burguesa y el elogio periodístico, los señalan con el dedo diciendo: «*He ahí el Cuarto Estado, el fruto del adulterio cometido por la Burguesía y el Socialismo!*»

Cuando los del Quinto Estado, los parias, los que no tienen ni tendrán ya jornal, los reemplazados por las máquinas, los que no tienen acciones de ninguna cooperativa, ni cotizan en ninguna casa del pueblo ó bolsa del trabajo, los que con el nombre de *Vagabundos* presenta Gorki como una vergüenza y como una acusación, aquellos a quienes solidariza la coincidencia de la necesidad y de la indignación, se decidan a echar a rodar el simbólico banquete de la vida y hagan mesa redonda para todo el mundo, se celebrará espléndida de Verdad, de Justicia y de Belleza la Fiesta del Trabajo.

Hasta tanto... el derecho de accesoión, el pacto del hambre, el álbum policiaco, el invento mecánico diario, el casero, el prestamista, la prole hambrienta y otras mil zarandas sociales hacen que el 1.º de Mayo valga tanto como el 1.º de Noviembre.

Anselmo Lorenzo

EL 2 DE MAYO

¿Qué hubiera sucedido en Madrid el 3 de mayo de 1808, si Daoiz y Velarde hubieran quedado vivos y sometidos a sus jefes después de sus hazañas del día 2?

Pues sencillamente: Daoiz y Velarde hubieran sido fusilados por desobedientes y causantes de una insurrección popular, con la circunstancia agravante de haber abierto al pueblo insurrecto el parque, el depósito nacional de las armas, y en vez del título de héroes que hoy inmortaliza su nombre hubieran muerto calificados de traidores.

Júzguese por este dato histórico: el capitán general Negrete se hallaba el 2 de mayo de 1808 en la Casa de Correos, formando parte del Consejo de guerra, presidido por el general francés Grouchi, encargado de aplicar el bando sanguinario de Murat.

Fernández de los Ríos echaba de menos en las relumbrantes comitivas de los fastuosos aniversarios del 2 de mayo la representación del elemento popular donde, dice, «no se ven más que uniformes, togas, sombreros galoneados, bandas, cruces y fajas», cuando la única participación oficial española en aquel día fué la del indicado general y la orden de retener la tropa encerrada en los cuarteles.

Está perfectamente comprobado que el movimiento independiente español fué puramente popular, opuesto al pensamiento de los mandarines. La Junta Suprema de gobierno, dando cuenta a las autoridades civiles y militares de provincias de los sucesos del 2 de mayo, exigía que no se repitiese el incidente provocado por un corto número de rebeldes, é imponía pena de muerte a los que hicieran armas contra las tropas francesas.

El Consejo de la Inquisición y todas las autoridades en general censuraban el movimiento popular, y el rey Fernando felicitó a Napoleón por sus triunfos en España.

¿Qué hay, pues, de positivo, de verdadera enseñanza histórica en los sucesos que se recuerdan en esta fecha?—[La rebeldía popular! ¡La pasividad del ejército!

El sentimiento de la Independencia, que en el fondo es esencialmente liberal, es aquí relativamente secundario; lo principal es el desacato a la autoridad, la santa indisciplina— como dijo en pleno parlamento español un diputado militar y patriota—para llegar a la realización de un ideal combatido por todas las fuerzas estacionarias y regresivas, y triunfante al fin por la convicción profunda y por la constancia obstinada del pueblo.

Esa enseñanza se completa con la consideración de que los españoles privilegiados ó aspirantes al privilegio que hoy celebran con ostentación y pompa aquellos acontecimientos, son los sucesores de los que entonces mandaban fusilar por rebeldes a los chisperos, a los manolos, a los trabajadores madrileños, a los verdaderos amantes de la independencia.

La crisis del proletariado británico

Si la presencia en el gabinete de Saint-James del ministro obrero John Burns, el antiguo tribuno revolucionario de Trafalgar-Square, ha demostrado la impotencia del reformismo radical, la intervención cada día más eficaz de los diputados obreros en los trabajos del Parlamento británico, señalará muy pronto el fracaso definitivo del reformismo socialista parlamentario. Y este fracaso, que se manifiesta ya en composiciones, en luchas bizantinas y en la imposibilidad de obtener más reformas que las puramente platónicas que el Gobierno burgués se digna otorgar, se hará más patente el día, no lejano, en que las circunstancias obliguen a algunos de los jefes socialistas a participar de las responsabilidades del poder. Esto ha ocurrido ya en Australia, donde el ministro obrero de Watson cayó, desacreditado por su política reaccionaria y militarista, a los pocos meses de su formación, y está ocurriendo ahora con el Gabinete obrero de Adelaide, cuyo jefe, el primer ministro Price, se halla actualmente en Londres, banquetando con el príncipe de Gales y con el lord-corregidor de la City.

Es inevitable. No depende de las personas, sino de las circunstancias. El agitador pierde fatalmente en el Gobierno todo espíritu revolucionario, si es que no lo ha perdido ya en los bancos del Parlamento. Con razón dijo Clemenceau, a los dos meses de subir al Poder: «Poco sospecha el Pueblo cuanto hay que perdonarles a los Gobiernos por el mal que dejan de hacer». No conozco apología más franca ni más autorizada de la anarquía que esta frase del antiguo demoleedor de ministerios, transformado en primer ministro y, por lo tanto, en defensor del privilegio y de la reacción. Si; lo único que puede esperarse de los Gobiernos y de los Parlamentos, es que hagan el menor daño posible, y más que la maldad inevitable de los hombres empujados al Poder, hay que combatir la imperdonable candidez de los que los empujan.

Así lo han comprendido por fin algunas asociaciones obreras de la Gran Bretaña, en donde hasta ahora sólo se había manifestado la actividad de los proletarios organizados en empresas cooperativas semi-burguesas, en luchas trade-unionistas sobre libras, chelines y peniques, ó en contiendas parlamentarias. Dichos grupos conscientes, haciéndose cargo de la crisis por que atraviesa el proletariado británico, han formado una asociación «Industrial Unionism» que arremete contra todas las manifestaciones del socialismo adormidera. Su órgano en la Prensa, *The Industrial Unionist*, publica en su primer número de marzo soberbios artículos sobre la Bancarrota del Socialismo Parlamentario, y anuncia que prepara una campaña enérgica en todo el Reino Unido, en favor de la Acción Directa tal como la practican ya los organismos

obreros conscientes de Francia, Italia, Argentina, España, etc.

Es la primera vez que un movimiento de esta índole, preludio de una evolución radical en los procedimientos de la lucha, se manifiesta de un modo tan potente y definido en este país. Por esto he creído útil darlo a conocer a los compañeros de la Península y de la América latina.

TARRIDA

Las variantes de la esclavitud

Volved la vista a lo pasado, escudriñad con penetrante mirada las profundidades de la historia, y cuando hayáis llegado al punto donde la oscuridad de lo desconocido reina, empezad a hacer un estudio de la humanidad, siguiendo paso a paso su desarrollo.

Ved al individuo errante vagar por la tierra a su capricho; vedle en continuas luchas con especies distintas, que, más fuertes y poderosas que él, le hacen buscar la ayuda y protección de la suya; poco a poco va agrupándose hasta formar la tribu, la familia, la comuna, la ciudad, y como fin, el estado actual.

Estudiad su desenvolvimiento a través de los siglos, y veréis formarse la religión, la propiedad y el Estado.

«Cree sin analizar; la fe ha de ser ciega», te dijeron los representantes de todos los dioses.

«Trabaja, trabaja en nuestros campos, que al fin de la jornada encontrarás una parte de lo que has producido», fueron las palabras que acompañaban a los latigazos que te propinaban tus señores.

«Yo soy la fuerza que te defiende contra los extranjeros y la ley que os regula la vida. Todos ante mí sois iguales; la balanza de la justicia no tiene preferencia al inclinarse sobre uno ú otro platillo. Sólo el peso de la razón mueve mi *fiel*», dijeron los estadistas. Y el hombre, que había perdido paulatinamente el sentimiento de libertad, dijo: «Así sea.»

Como la ley de evolución es incesante, de esclavo pasó a siervo, y de siervo ascendió a obrero. Siglos de luchas, raudales de sangre vertida, para quedar casi en las mismas condiciones que antes. Ha conseguido, tras de mucho pelear, la libertad de amarrarse la cadena. Puede escoger el amo.

La religión llenó el espíritu del hombre de temores, de tal modo, que la incertidumbre era su guía. Hoy la verdad que la Ciencia ha demostrado, le hace dudar; empieza a ver la realidad.

Y libre de preocupaciones infiltradas por una torcida educación a través de los siglos, piensa, medita y se da cuenta del papel que representa la sociedad.

La filosofía científica le fortalece el espíritu, preparándole para la gran obra que se prepara, digno remate que tendrá esta sociedad caúca, haciéndola hundirse bajo el peso de su enorme mole.

COLÓN BO

CRÓNICA

La Prostituta

Para M. A. de la C.

Son las doce de la noche. Un frío glacial y húmedo que congela las palabras en la boca y se filtra tuétanos adentro como hoja de acerado puñal, hace imposible el tránsito por la vía pública.

La Puerta del Sol, repleta siempre de parásitos, estaba completamente desierta. De cuando en cuando algún endiosado burgués, con paso acelerado, atravesaba en toda su extensión, arrojado hasta los ojos en amplio gabán de ricas pieles. Por las aceras, diseminados en la totalidad de las ventanillas de los cafés, los golfillos, al través de las vidrieras, *saboreaban* el moka que los consumidores tomaban, indiferentes a cuanto con el exterior tuviese alguna relación.

Nosotros, con toda la velocidad que nuestras entumecidas piernas nos permiten, seguimos calle abajo hasta la plaza del Progreso.

En este sitio, lo mismo que la Puerta del Sol, el tránsito era sumamente reducido; únicamente las *golfas*, las prostitutas, la *carne de cañón* de esta negligente sociedad, permanecían indiferentes, estóticamente impasibles ante la espantosa helada que traía halitos de muerte, ofreciendo su misero cuerpo, sus caricias no sentidas al que mejor pagase...

«Oid, buenos mozos, *¡vamos un ratito!*—musitó a nuestro lado con la voz áspera y ceñuda por las largas noches de orgía y crápula, una de aquellas infelices.

La que así hablaba era una muchachita de dieciocho a veinte años (no más tendría), no mal parecida y tan raquítica, que daba no asco, como experimentan las almas ruines y malvadas, sino lástima, verdadera lástima.

Y viendo que permanecíamos indecisos volvió a repetir, con su voz opaca y aguardentosa:

«¿Qué, *¡vamos!*»

«Sí, vamos—respondimos nosotros;—pero ha de ser con una condición.»

«¿Y qué condición es esa?»

«Muy sencilla: que nos has de referir tu historia. Seguramente nuestras palabras importunas llevaronla multitud de amargos recuerdos adormecidos por las tremendas noches de lujuria y las perennes bacanales a que tenía que entregarse para, al satisfacer el lascivo apetito de algún fauno, acallar ella el grito imperioso del hambre.»

Luego, fijando sus ojos truhanescos en nosotros, dijo:

«Fues bien, sí, vamos. Jamás he dicho a nadie una palabra de ella, pero alguna vez había de ser la primera. Por otra parte, vosotros, sin saber por qué, me habéis sido sumamente simpáticos.»

Y sin mediar más palabras, echamos calle abajo.

La habitación en que nos introdujo era muy pequeña, tan pequeña, que apenas si los tres podíamos estar con cierta holgura. Una silla, una cama y algunas pinturas obscenas componían el mobiliario de aquella pocilga antihigiénica y antiestética.

Solicitamos nuevamente las revelaciones prometidas, y se expresó de esta manera:

«No vayáis a creer que voy a referiros mi vida desde que nací; bastos saber únicamente que mis padres son unos modestos obreros que viven de su trabajo honrado, y que el día que no trabajan, ¡pues aquel día no comen!

A los quince años entré de aprendiz en los talleres de la Real Fábrica de Tapices, y allí seguiría a estas fechas si un malvado no me hubiera sumergido en el inmundo lodazal en que me revuelco, para no salir jamás, como no sea para ir al hospital ó al cementerio.»

Tratamos de disuadirla de aquellos tan tristes presentimientos, pero respondió ásperamente:

«No me interrumpáis, que el tiempo, como decía mi *novio* que dicen los ingleses, es oro... Estoy persuadida de ello. Al hospital ó al cementerio.—Y una lágrima vergonzosa resbaló por sus marchitas mejillas insensibles ya a todas las caricias, a todos los halagos.»

Luego prosiguió:

«Un día, al separarme de mis compañeras en la calle de Atocha, se acercó a mí un joven muy bien portado, de modales muy correctos, hijo indudablemente de algún encopetado señorón, y a quien conocía por haberle visto algunas veces cuando salíamos de la fábrica.»

El habló largamente, interminablemente, con una charla sumisa y rastrera, que profundizó corazón adentro y que logró convencerme. ¡Cómo no había de convencerme si hablaba también el amor! ¡Cómo no había de trastornarme con sus palabras tentadoras si parecía tan verdad cuanto me decía!

Nos *arreglamos*...—y recalco insistente esta palabra. Nuevamente las lágrimas volvieron a enturbiar sus ojos de mirar vago é inseguro.

«Pero no hagáis caso—rugió iracunda—de estos enternecimientos que me hacen derramar amargo llanto. ¡Aquello tenía que suceder, y sucedió!

Aquel miserable, aquel malvado, aquel ladrón de honras, valido de la influencia que sobre mí logró ejercer en un momento de sensual desvarío que el ruñán me desaprovechó, me sedujo inicuaemente. ¿Tenía yo la culpa de quererle?»

Mi vida desde entonces no es vida, es un infierno de torturas que desgarran despiadadas mis flácidas carnes. Inducida por el maldito, abandoné a mis padres, que siguieron vejetando a ras de tierra, miserablemente. El fué el que me enseñó con maligna complacencia a vivir esta vida de rastrera villanía; él me llevó a los sitios donde con otros canallas de su mismo jaez celebraban las enormes orgías, las tremendas